

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ, *Lírica de una Atlántida*, edición de Alfonso Alegre Heitzmann, Barcelona: Círculo de Lectores / Galaxia Gutenberg, 1999, 496 páginas.

Bajo el título *Lírica de una Atlántida* han sido editados recientemente los cuatro libros de poemas escritos por Juan Ramón Jiménez en América a partir de 1936: *En el otro costado*, *Una colina meridiana*, *Dios deseado y deseante* y *De ríos que se van*. De esos libros *Dios deseado y deseante* fue editado varias veces en vida de Jiménez. Los otros tres nunca fueron dados a conocer completos por el poeta, pero algunos de sus poemas aparecieron en diversas publicaciones y quedaron ampliamente representados en la *Tercera antología poética* (1957). Tras la muerte de Jiménez se editaron *completos*, siguiendo los proyectos del autor, *En el otro costado* (por Aurora de Albornoz, en 1974) y *De ríos que se van* (por Antonio Sánchez Romeralo, también en 1974). Y, en fin, Sánchez Romeralo, al editar en 1978 *Leyenda*, daba en esa magna selección de la obra poética de Juan Ramón Jiménez lo que desde entonces se ha considerado la última versión de los libros de su ciclo americano.

Así pues, los poemas de *Lírica de una Atlántida* eran ya conocidos. Pero la publicación de este volumen, en que aquellos cuatro libros han sido reordenados y completados por Alfonso Alegre Heitzmann, llega casi a parecer una *novedad* no sólo editorial sino también poética, pues la poesía de Jiménez tiene más calidad y actualidad que mucho de lo publicado en los últimos decenios del siglo xx. Y, desde luego, la lectura de *Lírica de una Atlántida* suscita en este año 2000 no pocas reflexiones sobre la significación tanto de los libros incluidos en este volumen como sobre el conjunto de la obra juanramoniana.

Hay que tener en cuenta que todo el brillante período americano de Jiménez, que puede considerarse esquemática y globalmente el segmento *final* de su evolución poética, no se debe entender como una breve fase en su vida y su obra. El exilio iniciado en 1936 no fue para él algo temporal, y, por supuesto, en nada se pareció a su primer viaje a los Estados Unidos, en 1916, para casarse allí con Zenobia Cam-

prubí. La dramática salida de España en 1936 no tuvo viaje de retorno para Juan Ramón y Zenobia, que murieron en Puerto Rico: ella, en 1956; y él, en 1958. Los poemas de *Lírica de una Atlántida* representan, pues, la creación de un largo período de más de veinte años en la vida de Jiménez, desde los cincuenta y cinco hasta los setenta y seis años de su edad.

Es difícil compartir la conocida observación de Octavio Paz, según la cual Jiménez llega «a la vejez para escribir sus mejores poemas». Desde luego, los libros de la época americana de nuestro autor pueden ser vistos no sólo como últimos sino también como culminantes de su trayectoria poética. Pero el valor de esos libros sólo puede apreciarse cabalmente a la luz de su continuidad respecto de toda la dilatada evolución que presenta la poesía juanramoniana. Por lo demás, si se revisa esa incesante metamorfosis, que se extiende a lo largo de más de medio siglo, puede observarse que la relevante significación que tiene el *último* Jiménez como autor de los libros de *Lírica de una Atlántida* la tiene también en otros momentos anteriores de su vida de escritor.

Ya en los años primeros del siglo xx Jiménez publica sus libros *Rimas*, *Arias tristes* y *Jardines lejanos*. (*Pastorales*, de este mismo ciclo, no se publica hasta 1911). Estos libros de poemas, junto a sus interesantes prosas líricas (*Rincones plácidos*, *Páginas dolorosas*), sus apasionadas críticas de libros y su decisiva participación en la fundación y dirección de la revista *Helios* convierten al jovencísimo Jiménez en uno de los protagonistas más destacados del movimiento modernista en España.

Jiménez llegará a abominar de lo escrito en su prolongada estancia en Moguer de 1905 a 1912. Pero a los libros de ese fecundo y decisivo tramo de su juventud corresponden algunos de los mejores poemas del autor y, desde luego, muchos de los más conocidos. Instalado en Madrid desde 1912, el poeta experimenta agudamente la necesidad de superar la escritura poética de su solitaria juventud. Su propósito lo logra, en un primer momento, en *Sonetos espirituales* y en *Estío*. Y luego con su *Diario de un poeta recién casado*, de forma más lograda y radical, y también, sin duda, con una capacidad de influencia

ciertamente singular por su amplitud y duración. Los rasgos peculiares del *Diario* caracterizan también *Eternidades* (1918) y *Piedra y cielo* (1919), que forman en conjunto un ciclo de altísima calidad en la evolución de la poesía juanramoniana, ciclo en el que quizá también se deban incluir las breves antologías *Poesía y Belleza* (ambas de 1923). Y conviene señalar enseguida que los rasgos que definen los poemas de este ciclo son los propios del llamado purismo, tendencia que, dentro de la ancha corriente simbolista, corresponde ya al período histórico-estético de la vanguardia.

Juan Ramón Jiménez firma en 1922 las «notas finales de su *Segunda antología poética*. Antes recordábamos también que los volúmenes *Poesía y Belleza* aparecieron en 1923. Hacia esos años se está cerrando una fase de la escritura juanramoniana, pero se está definiendo otra. La actividad de Jiménez no se detiene. Desde aquellos años hasta 1936 vive una época creadora bastante larga, bastante intensa y de una gran diversidad. En contraste con el rápido ritmo de publicación que había mantenido hasta la *Segunda antología*, Jiménez no da a conocer ningún libro nuevo entre 1923 y 1936. Sí va editando entonces los «cuadernos» *Unidad* (1925), *Obra en marcha* (1928), *Sucesión* (1932) y *Presente*, y las *Hojas* de 1935. En esas cuidadas entregas y en los periódicos fue dando a conocer parte de la creación de esos años. Muchos de los poemas escritos entonces los recogerá, ya después de la guerra, en el volumen *La estación total con las Canciones de la nueva luz*, editado en Buenos Aires en 1946. El crecimiento de la poesía juanramoniana ha significado un cambio, pero a partir del estadio relativo alcanzado, hacia 1920, de manera que, en ese momento histórico en que despuntan ciertas formas de la nueva literatura, Jiménez lleva su personal simbolismo a una nueva estación.

En *La estación total* puede observarse que la poética juanramoniana, de base idealista, responde más bien a una actitud dialéctica. La conciencia poética no está hecha, sino que se hace a sí misma en su impulso creador. El poeta, animado por la aspiración a una belleza absoluta, por el anhelo de conocimiento de la totalidad, por el ansia de eternidad, por la sed de amor, se

construye a sí mismo, se constituye como conciencia creadora. Y por lo mismo que ese proceso se realiza por medio de la palabra, la poesía es la consecución de lo deseado. La entrega a la vida interior de la poesía le revela ahora que «el fin está en el centro» y que «lo infinito está dentro».

En agosto de 1936 Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí pasan a Francia y pocos días más tarde embarcan en Cherburgo rumbo a Nueva York. El viaje nunca tendrá retorno: es el comienzo de un exilio sin fin en distintos lugares de América. En su conferencia *Poesía y literatura*, de 1940, decía Juan Ramón Jiménez que «la mejor lírica española ha sido y es fatalmente mística, con Dios o sin él, ya que el poeta, vuelvo a decirlo de otro modo, es un místico sin un dios necesario». Y es un tono exaltado de celebración, que puede compararse a un aliento místico, lo que incendia las sucesivas entregas del período americano de Jiménez. Ese tono, en efecto, está presente en el singular poema *Espacio* (1943) y en la deslumbrante serie de los *Romances de Coral Gables* (1948) (recogidos como secciones de *En el otro costado*), y luego se extiende a *Animal de fondo* (1949, ampliado en *Dios deseado y deseante*) y al conjunto de toda su última escritura. Aquella exaltación mística, desde luego, estaba ya en *La estación total*. Por eso se coincide en señalar la continuidad entre este libro y los escritos en América. Pero se suele reconocer, con todo, la existencia de una nueva fase en la escritura de Jiménez a partir del comienzo del exilio, y justamente por el hecho de que las terribles circunstancias históricas y personales desde las que escribe el poeta se reflejan en sus poemas. Así, en el monólogo de *Espacio*, que ha sido considerado como una «autobiografía lírica» del poeta, al meditar éste sobre el sentido de la poesía y de su obra poética, mira hacia el pasado, hacia su larga evolución literaria, hacia su vida. Al hacerlo, como dice Aurora de Albornoz, adquieren dramática presencia «dolor, soledad, enfermedad y muerte de seres concretos, evocación de un pasado definitivamente perdido...». Y en los *Romances de Coral Gables*, aparte de la singular variedad de romance lírico acuñada por Jiménez, no dejan de percibirse ciertas resonancias sombrías.

Con los poemas de su larga época americana Juan Ramón Jiménez había llevado su escritura lírica a un estadio que superaba el anterior a 1936, esto es, el estadio de los *cuadernos*. Aunque no se conceda a esta época final del autor una calidad literaria superior a la de las épocas anteriores, sí conviene insistir en que Jiménez somete, en esos años, su escritura a una exigente

transformación, que significa un cambio en la historia de la expresión poética contemporánea. Este cambio tiene tan nuevo y rico valor, que sitúa al poeta claramente en el fin y término *suficiente* de su «evolución espiritual».

MIGUEL MARTINÓN
Universidad de La Laguna

